

LA LLAMADA A SER SANTOS DIRIGIDA A TODOS

"hacer algo hermoso de la vida "

INTRODUCCIÓN: EXPOSICIÓN "TRAS SUS PASOS

La exposición "Tras sus pasos" (que también se puede visitar en www.suiloropassi.it) permanecerá en exhibición aquí en Chiavenna durante las próximas semanas. Hay una imagen que quisiera transmitir por encima de ninguna otra, intentaré decirte cuál es. Es la imagen de una familia reunida en la sala de estar por la noche, quizás junto a una chimenea que se enciende y calienta, para hojear juntos un álbum antiguo, pero bien cuidado y actualizado. Hojeamos las páginas y miramos juntos las fotos de quienes nos precedieron, abuelos y bisabuelos, nos miramos "como éramos" y contamos las historias y aventuras que han marcado estos últimos años. Este momento se convierte en una ocasión preciosa para la memoria y la historia. Sin embargo, la mirada al pasado no se hace melancólica, sino que adquiere el tono alegre de la gratitud y la responsabilidad. Juntos, hasta el más pequeño de los nietos, todos entienden que están incluidos en una hermosa historia para ser recordada, pues lo que "fuimos" también marca lo que "somos" ahora. Aprendemos así el precioso valor de la memoria -valor eclesial y civil- que se convierte para todos en la responsabilidad de un pasado que hay que conservar, recoger y revivir. Asimismo, "Tras sus huellas" es una invitación a unirnos para descubrir ese álbum. Como comunidad diocesana y parroquial, nos gusta sentirnos una familia, capaz de un recuerdo agradecido por tantos hermanos y hermanas que, como buenos testigos, nos han dejado una herencia preciosa y nos han confiado una importante responsabilidad.

La exposición "Tras sus Huellas" nació con motivo del Sínodo Diocesano cuando el Obispo Oscar expresó el deseo de que este camino fuera acompañado del testimonio de tantos hermanos y hermanas de nuestra Iglesia: mujeres y hombres que Fuimos humildes testigos de Jesús en los más diversos lugares de nuestra gran diócesis, personajes significativos en la historia eclesial y civil de nuestras comunidades. Esta sugerencia fue bien recibida y cuando comenzamos la investigación nos dimos cuenta de inmediato de que nuestra iglesia local, incluso mirando solo el siglo pasado, realmente puede regocijarse al ver tantos signos de este testimonio, tanto que nosotros podemos decir, sin exagerar, que realmente estamos "rodeados de una inmensa nube de testigos" (Hebreos 12,1): misioneros, laicos, esposas, jóvenes y grupos de jóvenes, sacerdotes, consagrados, hombres y mujeres que, en el testimonio de una vida de fe, esperanza y caridad, son para todos nosotros signos de santidad y modelos que nos animan en el camino de la vida. Para unir todos estos rostros y nombres, podemos usar con seguridad dos palabras: "testigos" y "santos".

La palabra "testigos", entre sus múltiples significados, nos recuerda la imagen deportiva de las carreras de relevos. Miramos al pasado, sí, pero no por nostalgia, más bien para ver que nuestros amigos quieren darnos una misión hoy. Nos confían el mensaje del Evangelio y, como en una carrera de relevos, lo ponen en nuestras manos para que nosotros también podamos seguir la carrera, con valentía, por los caminos donde nos ha puesto la vida. En este sentido, la palabra "testigos" también nos ayuda a evitar un riesgo: no nos corresponde

"imitar" lo que otros ya han vivido. La vida no puede ser de "cortar y pegar", se trata más bien de asumir nuestro compromiso y nuestra responsabilidad hoy. No se trata sólo de "imitar", en particular porque, en la vida, no vivimos de rentas y tampoco podemos seguir los caminos ya recorridos. Más bien, como creyentes y como comunidad, se nos pide que afrontemos todos los días el desafío en el camino, listos para abrir nuevos caminos. Se trata de hacer que nuestros oídos estén más atentos al Señor, que nos llama a trabajar juntos para construir y cultivar su viña, su Reino de paz, justicia y fraternidad.

Otra palabra que podemos usar para describir estas figuras es "santos", aunque no la usamos en un sentido específico. Los santos, literalmente, son de hecho aquellos a quienes la Iglesia ha reconocido oficialmente como tales. Entre los nombres de la exposición, hasta el momento, solo aparece uno: Teresio Olivetti, de Bellagio, quien en febrero de 2018 fue oficialmente beatificado. Junto a él hay otras personas cuya beatificación está prevista para el próximo año: sor María Laura Mainetti y el misionero y médico P. Giuseppe Ambrosoli. Para otras personas, ha comenzado el proceso de canonización que la Iglesia prevé en sus diferentes fases. Tenemos así cuatro "siervos de Dios" (Adele Bonolis, don Carlo Braga, sor Benigna Consolata Ferrero y fratel Giosuè Dei Cas) y también cuatro "venerables" (don Giuseppe Quadrio, Madre Caterina Lavizzari, Armida Barelli y don Giovanni Folci). Sin embargo, la mayoría de los nombres y rostros que encontramos en esta exposición no son "santos" en este sentido más técnico y legal, sino en un sentido más general y no menos importante.

La mayoría de estos rostros e historias están realmente escondidos en los pliegues de las pequeñas historias de nuestras comunidades. Son estos testigos los que podemos llamar "los santos de la puerta de al lado". Encontramos esta expresión en la exhortación "Gaudete et exultate" que el Papa Francisco escribió en marzo de 2018, invitándonos a ver signos de santidad en todo el pueblo de Dios, sin limitarnos "solo a los que ya están oficialmente beatificado o canonizado "y por tanto aprender a contemplar al Espíritu que" difunde la santidad por todas partes ". (nn. 6-9).

Los treinta rostros representados en los veintiséis paneles que componen la exposición están unidos por un vínculo con nuestra diócesis y la representan desde sus diferentes territorios: todos proceden de una comunidad de la diócesis o han hecho aquí su trabajo. También son representativos de todas las diferentes y variadas vocaciones. En la elección, nos limitamos a una época cercana a nosotros. De hecho, todos vivieron en el siglo pasado, y en ese sentido también son "santos de al lado" porque son muy cercanos a nosotros. Así nació una lista, o más bien un álbum, que no pretende ser completa y exhaustiva, sino más bien representativa. Al encontrar y leer estas historias, muchas personas recordarán fácilmente otros rostros y nombres y pueden quejarse de su ausencia. Sin embargo, el trabajo no está cerrado ni reservado a especialistas. Por el contrario, lo que nos gustaría plantear con esta exposición es precisamente esto: que cada familia y cada comunidad busque esos testimonios que son signo de santidad entre nosotros.

Lo que impulsó esta iniciativa es una fuerte conciencia. Bien lo expresó Pablo VI cuando dijo que hoy "el hombre contemporáneo escucha más a los testigos que a los maestros" (Evangelií Nuntiandi, 41). Escuchar y contar estas historias hoy será una buena manera de hablar acerca de Jesús y su evangelio a todos, especialmente a los jóvenes.

Del testimonio de estos amigos que nos han precedido en el transcurso de la vida, queremos ahora recoger, en resumen, tres breves puntos de reflexión. Serán para nosotros, personalmente y en comunidad, provocaciones estimulantes para nuestro camino. Lo haremos apoyándonos especialmente en el testimonio de Sor María Laura que, con su vida santa y entregada, enriquece a esta comunidad con dones preciosos.

1. LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Durante varios siglos, la Iglesia corrió el riesgo de transmitir la idea de que la santidad era un camino reservado a unos pocos. Así, para ser declarados santos, se necesitaban principalmente obispos, sacerdotes, monjes y monjas, religiosos y religiosas. Casi parecía que estos estados de vida eran formas preferenciales, si no exclusivas, de vivir una vida santa que agradaba a Dios. Esta idea, nunca proclamada oficialmente, pero a veces peligrosamente extendida entre los creyentes, contrasta con una verdad más profunda de nuestra fe. La Escritura lo expresa bien y el Concilio Vaticano II lo repite con fuerza: ¡todos estamos llamados a ser santos! Es nuestro destino, es nuestra vocación común. En un importante documento del Concilio, en un capítulo titulado "La vocación universal a la santidad", leemos lo siguiente: "todos los que creen en Cristo, cualquiera que sea su estado o rango, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad ". (Lumen gentium n. 40)

El Papa Francisco nos ayuda, en esta reflexión, insistiendo siempre en "Gaudete et exsultate", donde recuerda y profundiza esta llamada universal hablándonos de una santidad que no se encierra en límites y fronteras, ni siquiera en aquellos visible para la Iglesia: "Para ser santo no es necesario ser obispo, sacerdote, monja o religioso. Muchas veces nos sentimos tentados a pensar que la santidad está reservada solo para quienes tienen la oportunidad de alejarse de las ocupaciones ordinarias para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo en el amor y ofreciendo un testimonio personal en nuestras ocupaciones diarias, donde cada uno está". (n. 14).

Por tanto, entendemos la santidad como un camino ordinario, hecho de pequeños gestos y atención. La santidad, de hecho, no nos distrae de la vida, sino que nos pide que la vivamos con más intensidad, generosidad y compromiso. El camino a la santidad no es un camino paralelo a nuestro programa o algo extraño para nosotros como algo "arrojado sobre nosotros". Santificarse es, al contrario, hacerse más uno mismo, seguir esa verdad más profunda que está escrita en cada uno de nosotros y que nos pide hacer de la vida un don de amor a los demás. El Papa nos vuelve a decir: "No temáis a la santidad. No te quitará la fuerza, la vida ni la alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser ". (n. 32)

La llamada es única para cada uno pero, al mismo tiempo, podemos decir que también es diferente para cada persona. Si es cierto, como dice el Papa, que hacerse santo significa: "reconocer qué significa esta palabra, este mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida", entonces para cada uno de nosotros significa entender qué "pequeña parte" del gran mensaje de Dios solo yo puedo darlo al mundo. Qué matiz de color de la única Luz que estoy llamado a traer al gran e infinito arco iris del plan de Dios. La santidad consiste entonces

en vivir una vida en plenitud y belleza, dando a todos lo que cada uno de nosotros ya es por el don de Dios.

En esta invitación, parece escuchar el eco de esas sencillas palabras que sor María Laura siempre decía que estaban en el origen de su vocación. Unas palabras que, casi como una pequeña chispa, fueron para ella la ocasión de encender el fuego de una vida encendida de amor recibido y entregado. Durante una confesión, los oídos de la joven Teresina estuvieron atentos a la invitación del sacerdote a “hacer de la vida algo hermoso para los demás” y estas palabras quedaron grabadas en su corazón como una invitación fiel y constante. El Señor también dirige esta invitación a cada uno de nosotros - nadie está excluido -: "haz de tu vida algo hermoso, descubre que tu verdadera vida y tu verdadero ser es salir de ti para encontrarte amado y capaz de amar la "belleza" a la que el Señor te llama es hacer de tu vida lo que ya es: un don de amor.

2. ABRAZAR LA POBREZA, UN CAMINO A LA SANTIDAD

Hay un rasgo que une todas las historias de santidad y, sin excepción, la de sor María Laura y las de los muchos testigos de los que hemos hablado: el cuidado de la pobreza y de los pobres. Nos gusta recordarlo en este mes en el que la Iglesia nos invita a celebrar un día de los pobres (será el 15 de noviembre) para no olvidar la atención a la pobreza. Los santos lograron captar la mirada de Dios que, como nos enseña la Escritura, se aparta de los orgullosos y los ricos y en cambio se vuelve hacia los humildes y los desdichados. Los santos sintieron que esta mirada se volvía, ante todo, hacia ellos mismos, reconociendo que son frágiles y necesitados de misericordia. La auténtica experiencia espiritual cristiana vive de esta doble y fuerte conciencia: una clara conciencia de la debilidad humana, unida al mismo tiempo a una incansable confianza en la fidelidad de Dios.

El padre Giuseppe Ambrosoli escribió en uno de sus cuadernos: *"Oh Señor, si no me tomas de la mano, no hay pecado que no pueda cometer antes de la noche. Se necesita humildad para pedir siempre ayuda para no caer y no confiar nunca solo en mi fuerza "*. Asimismo, el P. Giovanni Giordani, misionero de Valmalenco, también declaró: *"Nunca dudes del perdón de Dios, porque eso lo haría sentir mal. Sería como menoscabar la virtud de su generosidad, que es infinita. Mire hacia atrás, pero no para insistir en sus faltas, sino solo en los muchos beneficios que ha recibido. De esa mirada, recibida por primera vez, surge, casi en un movimiento dinámico, la capacidad de mirar a los hermanos y mirar también sus debilidades con gran empatía y compasión. La relación se convierte así en el lugar donde es posible experimentar, vivir y rendir la Misericordia de Dios. Sor María Laura dijo: "Soy muy feliz sobre todo porque cada día descubro el amor de Dios por mí, a pesar de mis limitaciones, y luego trato de verlo en el rostro de mis hermanos y hermanas que encuentro todos los días, con especial atención a los más desfavorecidos o los que están en dificultad "*.

De un corazón capaz de amar y una mirada de Misericordia arranca el movimiento del samaritano que pone en movimiento las manos y lo concreto de los gestos y de la atención. Así, en realidad, ya no amamos sólo *"con palabras, ni con discursos, sino con actos y en verdad"*. (1Jn 3,18) y la atención a los pobres deja de ser una teoría abstracta para convertirse en una disponibilidad concreta de tiempo y espacio. Sor María Laura escribió:

"Comprometámonos a vivir la acogida entre nosotras, con los que llaman a la puerta, con los que nos llaman de otro modo, con los que nos molestan porque son ese Jesús a quien decimos amar. Dejémoslos turbar porque es él el que quiere visitarnos, convertirnos y amarnos ". Estas palabras se hacen eco de las de otro gran santo de la caridad, el francés Vincenzo de Paoli, quien, refiriéndose a las ocasiones en las que un pobre que llamaba a la puerta interrumpía la oración, no dudó en sugerir "deja a Dios Dios". La conciencia profundamente evangélica de que, en el rostro de los pobres, es Dios mismo quien se deja encontrar, resuena con palabras contundentes y radicales en el pensamiento de Sor María Laura: "Dios es el otro. Dios está presente en todos. Él es todo en todos. Es el rostro de Dios tal y como nos lo reveló Jesús: el rostro de sus hermanos más pequeños ".

El camino de esta antigua parábola del samaritano no es diferente ni alejada de nuestros países y de la actualidad. Fue en el camino donde sor María Laura se acercó a los necesitados, hasta esa última noche en la que, por una vez más, no apartó la mirada sino que experimentó compasión y se acercó a quien le pidió ayuda. En la vida de los santos, casi parece que un combustible de Amor mueve sus pasos y los hace valientes y fuertes en los caminos de la caridad. Estar al lado de la cruz y caminar en ese sendero les parece un precepto al que ya no pueden renunciar: *"Como María al pie de la cruz, estamos llamados a estar cerca del crucificado de nuestro tiempo, a compartir, a servir. y evangelizar la pobreza que encontramos en nuestro camino".* El padre Ugo De Censi, fundador de la hermosa experiencia educativa que es la Operación Mato Grosso, se expresa en estos términos: *"es un camino en el que me encontré porque me dejé mover por amigos, por parientes, por pobres; la emoción desencadenó la apertura del corazón como una puerta y los que entraron tenían derechos".* También hay familias -me gusta recordar aquí la de Bruno Volpi (fundador de la comunidad de Villapizzone y de las experiencias de las comunidades familiares) - que hicieron acoger un precepto que les invitaba a abrir la puerta de su corazón. y la puerta de su casa: *"Tuvimos que aprender a vivir una vida familiar, haciendo que todos, los que nacían en nuestra casa o los que se agregaban, sintieran que estaban en su casa".*

3. LOS NUMEROSOS ROSTROS DE POBRES Y LA MIRADA PARTICULAR DIRIGIDA A LOS JÓVENES

Entre los muchos rostros en los que el Señor se deja encontrar, está el de los jóvenes. Lo que acabamos de decir también se aplica a ellos: los jóvenes tienen mucho para dar a la Iglesia porque son fuertes y ricos en sueños, intuiciones, entusiasmo e incluso provocaciones que tanto bien hacen en la iglesia. Al mismo tiempo, y en las mismas personas, los jóvenes también son débiles y pobres porque necesitan escucha, comprensión, compañerismo y diálogo. Por eso es tan necesario hoy que la Iglesia vuelva a imitar a Jesús que, como lo hizo con los discípulos de Emaús, nos pide estar cerca de los jóvenes, caminar con ellos, escucharlos, dar acogida a su hospitalidad y compartir con ellos el pan de la amistad.

Sor María Laura estaba tan consciente de esta necesidad que escribió: *"En la sociedad actual, los jóvenes son los más pobres entre los pobres porque son fácilmente influenciados. Pobres porque muchas veces están desorientados, desarraigados, frágiles, plagiados, sofocando un llanto de vida no expresado ". Por eso hay que "hablar a los*

jóvenes y decirles que Dios es Amor: los ama, ama a cada uno como si fuera único ”. Sor María Laura y muchos santos marcan con ella un camino para nosotros; nos confían una responsabilidad muy urgente: salir al encuentro de los jóvenes sin miedo a escucharlos, hacernos cercanos a ellos y compañeros de viaje para darles testimonio del amor de Dios.

Hay un aspecto del martirio de Sor María Laura que no debemos olvidar nunca de subrayar: el ofrecimiento de su vida se hace en un intento de ayudar a una joven y de ahí su deseo de hablar a los jóvenes de Dios como Amor, en este momento se encarna y se realiza hasta el final. No olvidemos las últimas palabras de Sor María Laura: "**¡Señor, perdónalos!**" Estas palabras nos las remitieron estas chicas que fueron las destinatarias de esa oración. Es conmovedor pensar que, en el gran misterio del amor de Dios, estas palabras son el ancla de salvación para estas jóvenes y que sor María Laura nos ha dado así un eco de la voz del Dios misericordioso que no quiere. nunca la muerte del pecador, sino que se aparte de su conducta y viva. (cf. Ez 33,11). Estas reflexiones son delicadas y como hechas en un susurro, pero son inevitables: el martirio de Sor María Laura y cada mártir también nos da este testimonio, así como el de cuidar el mundo de la juventud que, incluso en nuestros países, junto a tanto potencial, no deja de mostrar pobreza y dificultades graves y profundas. Incluso algunos pobres e incluso estos jóvenes, nadie está excluido, ¡son hijos amados de nuestra Iglesia!

El Concilio Vaticano II concluyó su trabajo en 1965 dirigiendo su último mensaje a los jóvenes, diciéndoles: "*La Iglesia os mira con confianza y amor*". Que esta mirada y estas palabras, haciéndonos eco de las de Jesús, nos ayuden también a emprender con valentía nuevos caminos de diálogo y evangelización Sor María Laura, la próxima beata, y todos los santos y testigos de nuestra Iglesia acompañan nuestro camino!